

PRECISIONES E IMPRECISIONES ACERCA DE LA GENERACION DEL 98

POR

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Anticipase aquí uno de los capítulos iniciales del libro "La generación del 98". Todos los temas apuntados en los últimos párrafos del fragmento que ahora se publica serán tratados ampliamente en los capítulos ulteriores de dicho libro.

UNAMUNO, "Azorín", Antonio Machado, Valle-Inclán, Baroja, Maeztu, Benavente, Manuel Bueno, Zuloaga... ¿Forman todos estos hombres, por ventura, una verdadera generación de españoles? ¿Hay en sus almas, revélase en sus obras algo que permita agruparles en uno de estos tipos de la comunidad histórica que hoy llamamos "generaciones"?

*Todo se mueve, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.*

escribió Antonio Machado, con mente a un tiempo heraclitea

e historicista (1). Dejemos a un lado los cambios en el mar y en el monte, y consideremos los acaecidos en el ojo que mira al mar y al monte de España. En los ojos de todos y cada uno de esos hombres, tan apasionados escrutadores de la tierra y de la vida de España, ¿se ha producido un cambio de igual sentido respecto a los ojos y a la sensibilidad de los españoles nacidos diez, quince, veinte años antes? Y si se han producido cambios individuales en la actitud frente a España y a la vida del hombre, y todos tienen análogo sentido, ¿es tal la semejanza histórica entre todos ellos que pueda hablarse, como se viene haciendo, de una “generación del 98”?

El tema ha sido amplísimamente discutido, excesivamente discutido. Suele decirse que el primero en designar al grupo con el nombre de “generación”, sin otras precisiones, fué Gabriel Maura. La idea expresa y concreta de una “generación del 1898” la habría acuñado “Azorín”, en un artículo así titulado (*A B C*, 1913), recogido luego en su libro *Clásicos y Modernos*. Todo esto es cierto. Pero las más tiernas y madrugadoras definiciones —autodefiniciones, en este caso— de la generación que apunta entre 1895 y 1900, hay que buscarlas no pocos años antes.

En 1895 advierte Miguel de Unamuno la existencia de una fundamental oquedad en el conocimiento que los españoles tienen de España: “España —escribe— está por descubrir y sólo la descubrirán los españoles europeizados. Se ignora el paisaje,

(1) En un poemita de *Nuevas canciones* (1924), dirá Antonio Machado, ya en plena madurez de espíritu:

*Han cegado mis ojos las cenizas
del fuego heraclitano.*

No es ajena al tiempo en que Antonio Machado existe ni, por lo tanto, a la generación a que pertenece esta vivencia de la fugacidad del humano existir.

el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo” (2). Echa Miguel la vista en torno suyo y percibe con claridad la existencia de un lastimoso hueco y de una empresa urgente. España no se conoce a sí misma; hay que conocer de primera mano *la verdad* de la España real, su paisaje, su paisanaje, su vida. ¿Quién podrá cumplir esa tarea? Los españoles que por haber conocido lo ajeno puedan percibir el género próximo y la última diferencia de lo propio; los que mediante la lectura y el viaje hayan tomado contacto con la situación a que entonces ha llegado la Historia Universal, con Europa. He aquí la empresa que, entre otras, intentará cumplir la generación encabezada por Ganivet y el propio Unamuno.

Siete años más tarde publica Martínez Ruiz su novela *La Voluntad*. Con ella nace a las letras españolas el tipo de “Antonio Azorín”, soñado autorretrato del autor que le crea. Antonio Azorín, levantino, deja su provincia nativa lleno de vagos anhelos, viene a Madrid, gusta la vida literaria y periodística del fin de siglo, hastíase de ella y decide abandonarla. He aquí cómo nos cuenta José Martínez Ruiz el retorno de su doble: “Al fin, Azorín se decide a marcharse de Madrid. ¿Dónde va? *Geográficamente*, Azorín sabe dónde encamina sus pasos; pero en cuanto a la orientación *intelectual y ética*, su desconcierto es mayor cada día. Azorín es casi un símbolo; sus perplejidades, sus ansias, sus desconsuelos bien pueden representar toda una generación sin voluntad, sin energía, indecisa, irresoluta, una generación que no tiene ni la audacia de la generación romántica ni la fe de afirmar de la generación naturalista...” “Azorín”, autor, no se conforma con definir; se atreve hasta a señalar el posible sentido histórico de la generación simbolizada por Azorín, personaje: “Tal vez —añade, conjeturando— esta disgregación de ideales sea un bien; acaso para una síntesis futura

(2) *Ensayos* (edición de Aguilar), I, 121.

—más o menos próxima— sea preciso este feroz análisis de todo...” (3).

He ahí, clara, patente, la atribución de un carácter generacional al grupo de jóvenes que por entonces hace su espléndida y petulante aparición en las letras y en la vida de España: una generación definida como perpleja, anhelante, abúlica, irresoluta y analítica. El futuro “Azorín” siente nítidamente que él y un grupo de camaradas suyos, recién ingresados todos en el área de la vida histórica española, son *históricamente* distintos de los románticos (de Martínez de la Rosa a Bécquer) y de los naturalistas (Galdós, la Pardo Bazán, Pereda). José Martínez Ruiz, el más alertado y petulante del grupo, cree que a todos simboliza su criatura “Antonio Azorín”; esto es, la persona de José Martínez Ruiz. Luego, cuando el autor sea definitivamente “Azorín”, hablará temáticamente de una “generación del 1898”, señalará con nombres y apellidos a sus hombres, dibujará sus semblanzas, definirá la aportación del grupo a la cultura de España y dedicará todo un libro de nostalgia y senectud, el libro titulado *Madrid*, a vindicar la hazaña y los nombres de la tan traída y llevada generación.

“La generación de 1898 —escribía “Azorín” en 1913— ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos...; da aire al fervor por el Greco...; rehabilita a Góngora...; se declara romántica...; siente entusiasmo por Larra...; se esfuerza, en fin, por acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido

(3) O. S., 171.

todo esto, y la curiosidad mental por el extranjero y el espectáculo del desastre —fracaso de toda la política española— han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España” (4). Tal es el haber histórico que a la generación del 98 discierne su inventor y bautista.

Es justamente aquí donde comienza la polémica. Baroja, por ejemplo, uno de los más señalados miembros de la presunta generación, niega reiteradamente su existencia. “Yo siempre he afirmado que no creía que existiera una generación del 98. El invento fué de *Azorín*...”, ha dicho Baroja en sus recientes *Memorias* (5). “Una generación —añade— que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es una generación”.

He aquí, seriadas, las razones en que Baroja funda su actitud negativa:

1. “La fecha no es muy auténtica. De los incluídos en esa generación, no creo que la mayoría se hubiera destacado en 1898.”

2. “Tampoco se sabe a punto fijo quiénes formaban parte de esa generación: unos escriben unos nombres, y otros, otros.

(4) “La generación de 1898”, en *Clásicos y Modernos*. Madrid, 1919, págs. 254-255. Obsérvese cómo este “Azorín”, hecho ya y “situado” en las letras y en la vida de España, acentúa mucho más que el de *La voluntad*, el carácter constructivo de su generación y su relación de continuidad con las inmediatamente anteriores.

Un manojo de semblanzas azorinianas de hombres del 98 puede leerse en el artículo de 1919, también titulado “La generación de 1898” (*O. S.*, 1120). Más tarde, desde otra situación histórica (*Madrid*, 1941), diseñará “Azorín” nuevos retratos de los hombres de su generación y acentuará el amor a España de todos ellos, su constante preocupación por una honda reforma política y social, su voluntad de continuar la línea de nuestra historia. Luego consideraré más despacio las noticias, las afirmaciones y los juicios estimativos de “Azorín” en el libro *Madrid*, tan fundamental para dar cima al propósito de este mío.

(5) *El escritor según él y según los críticos*. Madrid, 1944, pág. 174 y siga.

Algunos han incluido en ella a Costa, y otros, a J. Ortega y Gasset, que se dió a conocer ya muy entrado este siglo.”

3. “En esta generación fantasma de 1898... yo no advierto la menor unidad de ideas. Había entre ellos (los escritores que componen el grupo) liberales, monárquicos, reaccionarios y carlistas.”

4. “En el terreno de la literatura existía la misma divergencia: había quien pensaba en Shakespeare y quien en Carlyle, había quien tenía como modelo a D’Annunzio, y otros que veían su maestro en Flaubert, en Dostoiewski y en Nietzsche.”

5. “Se ha dicho que la generación seguía la tendencia de Ganimet. Entre los escritores que conocí no había nadie que hubiera leído a Ganimet. Yo, tampoco. Ganimet, en este tiempo, era desconocido.”

Estas cinco razones conducen a Baroja a una tajante negativa. “¿Había algo de común en la generación del 98? Yo creo que nada —se responde—. El único ideal era que todos aspiráramos a hacer algo que estuviera bien, dentro de nuestras posibilidades... Muy difícil sería para el más lince señalar y decir: éstas eran las ideas del 98.

El 98 no tenía ideas, porque éstas eran tan contradictorias que no podían formar un sistema ni un cuerpo de doctrina. Ni del horno hegeliano, en donde se fundían las tesis y las antítesis, hubiera podido salir una síntesis con los componentes heterogéneos de nuestra casi famosa generación”.

.....
“Así, pues, joven profesor —concluye Baroja—, si piensa usted publicar un manual de literatura española, puede usted decir al hablar de la mítica generación del 98, sin faltar a la verdad: primero, que no era una generación; segundo, que no había exactitud al llamarla del 1898; tercero, que no tenía ideas suyas; cuarto, que su literatura no influyó ni poco ni mucho en

el advenimiento de la República, y quinto, que tampoco influyó en los medios obreros, adonde no llegó, y si llegó fué mal acogida.”

Esta actitud de Baroja respecto a la presunta generación del 98 fué compartida por Ramiro de Maeztu, que con “Azorín” y el propio Baroja formaba, allá por el año 1900, el grupo de “los tres”. Algo debía de tener, sin embargo, la expresión azoriniana cuando hasta los negadores de tal generación piensan y hablan *como si* realmente hubiera existido. Baroja reconoce que “el concepto venía a llenar un hueco” y hasta atribuye “algo nuevo y característico” a “esa supuesta generación del 98”: “un último aliento de romanticismo y de individualismo”. Tanto pesa el concepto en la mente de Baroja que, a fuerza de negarlo, llega a una paladina afirmación de la comunidad histórica entre los hombres que constituyeron el presente grupo: “La generación del 98, que yo he dicho varias veces que no creo que constituyera una generación —dice, confirmando con excesiva largueza su proclamada despreocupación respecto a los *ques*— fué un reflejo del ambiente literario, filosófico y estético que domina el mundo al final del siglo XIX y que persistió hasta el comienzo de la Guerra Mundial de 1914” (6).

También Maeztu viene a reconocer su existencia. En su *Defensa de la Hispanidad* recuerda sus años de mocedad: “Cuando yo era joven, en el atropello del 98, que fué nuestro *Sturm und Drang...*”, dice (7). Llámese o no “generación” al atropellado grupo del 98, Maeztu lo afirma y, muy sagazmente, lo compara con el *Sturm und Drang* germánico. No hay como empeñarse en negar una cosa para terminar afirmándola.

(6) *Op. cit.*, págs. 174, 183, 211. La actitud reivindicatoria de Baroja respecto a la “presunta”, “astral”, “espectral” o “supuesta” generación del 98 —como él reiteradamente dice— le lleva, en último extremo, a la consecuencia de afirmarla.

(7) *Defensa de la Hispanidad*. 3.^a ed. Valladolid, 1938, pág. 281.

La idea de una “generación del 98” debía llenar un hueco, como dice Baroja, en la visión de la España contemporánea, cuando tantas y tantas cosas se han dicho en torno al tema y al mote. Sobre, de, bajo, por, contra la generación del 98 han hablado o escrito luego casi todos los que en España mueven pluma literaria o política; es decir, una legión de españoles (8). Las precisiones conceptuales e históricas en el tratamiento del tema han sido muy diversas, y pocas veces medianamente satisfactorias; los juicios estimativos acerca de tal generación, divergentes y hasta contradictorios. La habitual tosquedad de espíritu ha pretendido, a veces, reducir el problema de la generación del 98 al caduco e insoportable pleito entre “derechas” e “izquierdas”. Los opinantes de la derecha han titulado a los hombres del 98 de europeizantes, extranjerizados, antiespañoles, pesimistas, decadentes, etc.: la bien conocida letanía (9). Los conspicuos de la izquierda les han vituperado su individual rebeldía a la secuacidad republicana o marxista, su esteticismo, sus arranques de españolidad. Otros, en fin, han preferido instalarse en un adarve individual, y desde él disparan sus observaciones y adjetivos (10). Nadie ha negado al grupo, sin embargo, dos

(8) He aquí unos cuantos nombres: Salaverría, Marañón, Azaña, Ortega y Gasset, d’Ors, Corpus Barga, Ricardo Baeza, Díez Canedo, Fernández Almagro, Pedro Salinas, Salvador de Madariaga, Giménez Caballero, Ricardo Baroja, Eugenio Montes, Cansinos Assens, Antonio Espina, Nicolás González Ruiz, etc.

(9) Baste un botón de muestra. En su inteligente y ponderado estudio sobre *El pensamiento filosófico de Unamuno*, el P. Oromí, tan independiente en sus juicios, rinde por una vez inexplicable pleitesía al tópico y, hablando de los hombres del 98 —entre los que cuenta a Blasco Ibáñez, un naturalista rezagado—, escribe: “entre ellos hay grandes analogías, tanto en sus ideas filosóficas y religiosas como en su posición frente a la nación española, posición caracterizada por un antihispanismo morboso (exceptuando a Unamuno) y un espíritu internacionalístico y afrancesado” (*op. cit.*, pág. 52).

(10) Citaré el ejemplo bien reciente de Antonio Espina y el de César Barja. En su *Ganivet* (Col. Austral, 1942) atribuye Antonio Espina a los hombres del 98 un “gesto escéptico, analítico, acre, fino, irónico, la-

cosas: una egregia calidad literaria y una considerable influencia en el modo de ver a España y de escribir el castellano.

Muestran las anteriores palabras que la existencia de una "generación del 98" ha sido reconocida —tácita o expresamente, con amistad o vituperio— por todos o casi todos los españoles preocupados por la vida espiritual de España. Entre dimes y diretes, ditirambos y dicerios, la expresión inventada por G. Maura y "Azorín" ha conseguido pública e ineludible aceptación. Para algunos es un concepto historiográfico; para otros, una simple etiqueta ordenadora o polémica; para todos, un término con el que nos entendemos acerca de algo, como acertadamente dice Dolores Franco, antologista del grupo (11). La idea de una "generación del 98" se ha hecho ineludible e insustituible.

También yo admito la existencia de la mentada generación, si por "generación" se entiende lo que en otro lugar he propuesto: un grupo de hombres más o menos coetáneos entre sí

cónico y nihilista" (pág. 16). En otra página, relacionando a Ganivet con el grupo más conspicuo de la generación, le atribuye "el mismo egotismo, semejante desdén, idéntico sentimiento de superioridad que en otros escritores del plantel se oculta más o menos bajo apariencias humildes, igual descontento, odio al tópico, gusto por lo pintoresco, salidas a lo romántico, también bajo *camouflage*, potencia de observación, cultura y desfachatez" (pág. 18).

César Barja no se ocupa temáticamente de la generación del 98 en su valioso libro *Libros y autores contemporáneos* (Madrid, 1935). De sus estudios monográficos sobre Unamuno, Ganivet, "Azorín", Baroja, Valle-Inclán y A. Machado, contenidos en el libro mencionado, puede extraerse, sin embargo, una caracterización bastante precisa del grupo. Cuatro son las notas cardinales que Barja parece atribuirle: 1. Crítica de la vida y de la historia de España desde un punto de vista "moderno" e "intelectual". 2. Individualismo de cada uno de sus componentes. 3. Disociación extrema entre inteligencia y sentimiento. 4. Esteticismo literario.

(11) *La preocupación de España en su literatura*. Madrid, 1944, pág. 250.

y más o menos parecidos en los temas y en el estilo de su operación histórica. Supuesta, pues, una cierta convencionalidad en el aislamiento del grupo generacional, creo, por las razones que luego diré, en la existencia de una “generación del 98”. Antes de hablar por mi cuenta bueno será, sin embargo, recoger algún testimonio entre los que de intento o de pasada estamparon sobre el tema del 98 opinantes, críticos y consideradores.

Elegiré tres distintos, buscando entre los más directa y abiertamente tocantes al tema. Procede el primero de un inteligente y puntual historiador de la vida española contemporánea, Melchor Fernández Almagro. Es otro el vertido por un poeta, técnico de la historia de la literatura, Pedro Salinas. Nos dará el tercero un literato, profesor de Literatura y escritor político, Ernesto Giménez Caballero.

Debemos a Fernández Almagro un par de importantes deslindes para el cabal entendimiento de la generación del 98. *En su vida y obras de Angel Ganivet* denuncia “el error en que, ligeramente, incurren quienes incluyen en la corriente de los regeneradores a los intelectuales que Azorín rotuló con una etiqueta que el uso ha refrendado: *generación de 1898*” (12). Los regeneradores son, ya se sabe, los arbitristas y sociólogos del desastre: Costa, Macías Picavea, Damián Isern, Luis Morote, Madrazo, Julio Senador. Los intelectuales, Ganivet, Unamuno, “Azorín”, Baroja, Benavente, Valle-Inclán. Más adelante precisa Fernández Almagro las razones del distingo: “La reacción contra la España imperante a la hora decisiva del desastre, no es suficiente para dar unidad a los dos bandos a que aludo. Les separan intenciones, métodos, gustos literarios, incluso formas

(12) *Op cit.*, pág. 195. Melchor Fernández Almagro ha tenido también el acierto de poner en evidencia la comunidad de estilo existente entre los noventayochistas madrileños y el grupo del Fin de Siglo barcelonés: Rusiñol, Pompeyo Gener, Ramón Casas, Utrillo. De ellos procede el culto estético al Greco, al que los madrileños, como hemos oído decir a “Azorín”, “dieron aire”.

de carácter. A poco que se fije el espectador de aquel momento no dejará de advertir que se hace estética entre los intelectuales, cuanto era Sociología en el otro grupo; que la intuición es su instrumento, y crítico su propósito, mientras que los regeneradores muestran la preferencia por los procedimientos racionales de la ciencia experimental. Que unos citan números y aducen leyes, y otros tratan de encender ideales. Que unos buscan hechos al rastrear la Historia, y otros quieren escarbar en busca del alma que les diera expresión” (13).

En otro de sus libros acentuará Fernández Almagro este carácter preponderantemente literario de la generación del 98: “Los del 98 hacen literatura ante todo, y porque no excluyen ningún tema de su juego literario es por lo que nace y florece el ensayo, modo irresponsable y sugestivo de tratar lo más arduo. Se hace, por uno o por otro, Filosofía literaria, Economía literaria, Historia literaria, Geografía literaria, etc. Y, por supuesto, Literatura muy literaria” (14).

¿Qué notas definidoras, aparte la reacción crítica contra la España del desastre y esta monarquía de la Literatura y de la Estética en la configuración de su obra, caracterizarían a los hombres del 98? Fernández Almagro se acerca con visible cautela al problema que esta interrogación plantea. “No será fácil —dice una vez, refiriéndose a la generación del 98— definirla por sus afirmaciones: tan distintas las de “Azorín”, por ejemplo, a las de Valle-Inclán, como las de éste a las de Baroja, y todas a las de Unamuno... Mas no es difícil señalar una negación común, exteriorizada en una reacción hostil contra los valores de la crítica oficial” (15). Refiérese Fernández Almagro, es obvio, a los valores literarios entonces vigentes: Echegaray, Campoamor, Núñez de Arce, Pardo Bazán, Galdós... Contra

(13) *Op. cit.*, pág. 196.

(14) *Vida y literatura de Valle-Inclán*. Madrid, 1943, pág. 54.

(15) *Vida y obra de Angel Ganivet*, pág. 131.

ellos disparan sus venablos los recién llegados jóvenes de 1898. Ve también nuestro historiador en el alma de todos ellos “una emoción compleja de tristeza y de entusiasmo, un ideal mixto de españolismo y europeización”.

Años después será más prolijo Fernández Almagro y añadirá algunas notas a las contenidas en la autodefinición azoriana antes transcrita. “Todos han leído los mismos libros extranjeros... (16). Todos coinciden a aspirar a una obra personal, de acento distinto, brindada a cierto tipo de lectores. Todos buscan y rebuscan la emoción de España en lo menos conocido o mal valorado: los Primitivos, el Greco, Castilla, las Artes populares. Todos desean una España sin partidos turnantes, sin disociación entre lo oficial y lo real, que reanude, en líneas de prudencia, no la historia de sus guerras, sino la de sus empresas pacíficas. Todos gustan de resucitar viejas palabras, de aliviar las cláusulas de pesos superfluos. Todos hablan de regeneración y detestan el punto y coma...” (17).

El segundo de los distinguos de Fernández Almagro penetra en el cuerpo mismo de la generación. Cree nuestro historiador que cabe aislar en ella dos subgrupos: uno, más específicamente merecedor del nombre genérico que a todos engloba, estaría constituido por los escritores especialmente afectados por el problema español que el desastre revela (Ganivet, Unamuno, Maeztu, Baroja, “Azorín”); otro, el de los *modernistas*, mucho más próximos a la condición de “literatos puros”. “Como no deja de haber alguna continuidad —dice Fernández Almagro— entre estos escritores que nacen a su vida profesional hacia 1898 y aquellos otros hombres, ya maduros, que con mucho de arbitristas trataban de remediar los males sobrevenidos, acaso podamos descubrir ese tasado contacto en Angel Ganivet

(16) Poetas simbolistas y novelistas del naturalismo francés, Maeterlinck, novelistas rusos, Oscar Wilde, Nietzsche, D’Annunzio.

(17) *Vida y literatura de Valle-Inclán*, pág. 56.

y, en otra escala, en Unamuno y Maeztu. Continuando a esta luz el descenso, de mayor a menor, salvando calidades enumeraríamos a Baroja, "Azorín", Benavente, Valle-Inclán. Estos dos últimos ya no tienen cosa que ver con los viejos terapeutas del Desastre y encabezan la serie de los *modernistas*, que sólo tangencialmente tocan a la generación del 98 y proceden de Rubén Darío..." (18). Hasta aquí, fielmente transcritas, las observaciones y los juicios de Melchor Fernández Almagro, crítico e historiador.

Pedro Salinas ha hecho de la presunta "generación del 98" un problema de historiografía literaria. Sin mayor reflexión metodológica, adopta cómodamente el concepto de generación literario expuesto por Petersen, y se pregunta profesoralmente si el grupo literario "del 98" cumple las condiciones que Petersen señala a las generaciones literarias propiamente dichas (19). Casi huelga advertir que, procediendo así, Salinas ve en cada uno de los hombres del 98 mucho más al literato que al español. La del 98 sería más una generación de literatos españoles que de españoles literatos.

Ocho son, según Petersen, los caracteres comunes a todos los miembros de una misma generación literaria. De ellos no considera Salinas el primero, tocante a los caracteres hereditarios de los hombres que la constituyen. En cuanto a los siete restantes, he aquí, en serie numeral, los resultados a que llega

(18) *Op. cit.*, págs. 54-55.

(19) Puede leerse una amplia exposición de los trabajos de Petersen, así como las referencias bibliográficas precisas, en mi libro *Las generaciones en la Historia*.

Cito los resultados de Salinas, según su trabajo "El concepto de generación literaria aplicado a la del 98", publicado en la *Revista de Occidente*. CL., diciembre de 1935. Del curso universitario de Salinas acerca de la generación del 98, no tengo otras referencias que las alusiones de Salinas a su propio curso, contenidas en el trabajo ahora citado, y las de Dolores Franco en la Antología que antes mencioné.

Salinas aplicando el esquema de Petersen a la generación literaria del 98.

1. *Coincidencia cronológica del nacimiento.*—Todos los del 98 nacen entre 1864 (Unamuno) —si no se cuenta a Ganivet que nace en 1862 (20)— y 1875 (Maeztu y Antonio Machado).

2. *Homogenidad de la educación.*—Todos ellos son autodidactos y se forman en la lectura anárquica y dispersa: más en la biblioteca que en la Universidad, si se quiere expresar plásticamente la índole de su formación. Sus lecturas son en buena medida coincidentes (21).

3. *Mutua relación personal* entre los hombres que constituyen la generación. En el caso de la del 98 es notorio su participación en revistas (especialmente en las fundadas por ellos), tertulias literarias, manifiestos, excursiones, homenajes, etcétera.

4. *Acontecimiento o experiencia generacional.*—Para Salinas sería ese acontecimiento nuestro desastre de 1898. “No importa —subraya Salinas— que la idea de la decadencia española sea muy anterior al 98. Lo esencial es que nuestro desastre haya convertido lo que podía tomarse sólo por una idea de intelectuales, o por un presentimiento de pesimistas, en una brutal realidad histórica que gravitó sobre todas las conciencias despiertas y que las hizo agruparse frente al problema esencial de esa generación: España.”

5. *Caudillo de la generación.*—Existencia en el grupo de un hombre conductor. Ante la imposibilidad de reconocer un caudillo “nominal y exclusivo” entre los hombres del 98, recurre Salinas a una pequeña habilidad. Declara a Nietzsche “guía ideológico” de la generación (lo cual es manifiestamen-

(20) ¿En qué año nació Ganivet? Según Melchor Fernández Almagro, en 1865. Según la *Enciclopedia Espasa* y Valbuena, en 1862.

(21) Recuérdese lo observado por M. Fernández Almagro.

te excesivo) y piensa, por otra parte, que la generación del 98 habría cumplido por modo negativo esta exigencia de Petersen: “En todo el ambiente, no sólo literario, sino político, de la época se advierte entonces la apetencia del caudillo; el Führer está presente precisamente por su ausencia. El *hace falta un hombre, aquí nos hace falta un hombre*, va y viene como una nostalgia fantasmal por los escritos de aquella época.”

6 *Lenguaje generacional*.—Salinas lo ve en el modernismo: “El modernismo no es otra cosa —dice— que el lenguaje generacional del 98.” “Los primeros que se dieron cuenta de que había una generación del 98 fueron los que caricaturizaban aquel lenguaje moderno o se burlaban de él, y que precisamente por sentirse tan moderno se llamó *modernista* (22).”

7. *Anquilosamiento de la generación anterior*.—La fuerza operante de la anterior generación literaria, la realista —afirma Salinas—, carecía de todo imperio y crédito sobre las conciencias nuevas y, además, era incapaz de creaciones renovadoras. Galdós, la Pardo Bazán, Alas, en el final de su carrera se sienten ya a disgusto ellos mismos en el realismo y ensayan formas de novela espiritualista en pugna con él... Los jóvenes de entonces creían firmemente que el arte inmediatamente anterior estaba anquilosado, es más, que la enfermedad de la España en que habían nacido era una terrible parálisis.”

La conclusión de Salinas no es ambigua. “Para mí —resumiere— la consecuencia no admite duda: hay una generación del

(22) ¿Puede decirse, sin embargo, que Unamuno, Ganivet y Baroja escribieron en lenguaje modernista? Unamuno vituperó por escrito el modernismo de Rubén Darío y Valle-Inclán. Mucho más exacto me parece lo que dice “Azorín”: “se esfuerza (la generación del 98) por acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad”. En algunos dominó la orientación modernista; en todos se cumplió, más o menos, esta observación de “Azorín”.

98. En ese grupo de escritores, los elementos exigidos por Petersen como indispensables para que exista una generación, se encuentran casi sin falta. Y al ir comparando los hechos con la doctrina, vemos acusarse sin vacilación alguna entre aquellos turbios principios de siglo los perfiles exactos de un nuevo complejo espiritual perfectamente unitario que irrumpía en la vida española: la generación del 98.”

Giménez Caballero se encara con la generación del 98 desde una posición política y literaria, definida por tres coordenadas. Es la primera la expresada por un mote que él inventa y adopta: “nieto del 98”. “Por cronología mecánica, biológica—dice Giménez Caballero— los *hijos del 98* tuvieron que ser aquellos intelectuales europeos de la preguerra y de la guerra europea; los que desde mil novecientos y tantos a mil novecientos ventitantos fijaron su *filiación* en libros, revistas y periódicos de todos conocidos... *Hijo del 98*—primogénito— fué D. José Ortega y Gasset... Por tanto, los *nietos del 98*, los hijos de esos *hijos del 98*, cronológicamente tendrían que ser aquellos escritores españoles cuajados en la postguerra” (23).

La segunda de las coordenadas consiste en el orgullo con que Giménez Caballero proclama tal nietez y en la tácita convicción de que los nietos espirituales se asemejan más a los abuelos que a los padres. “En la vida intelectual de las generaciones de un pueblo —añade— no todo es cronología mecánica... Me consta que a muy pocos, por no decir a ninguno, de esos nietos automáticos *del 98* les interesa asumir tal nietez... Un grupo de jóvenes unamunidas (Sánchez Mazas, Mourlane, Montes) se desaforaban ante mi tesis de que estábamos hoy en el último 98 de España. De que el 98 acaba de renacer en España por última vez. Y de que era la hora de sus *almas nietas*... A mí no sólo no me avergüenza sentirme nieto del 98, del úl-

(23) *Genio de España*. 5.^a ed. Barcelona, 1939, pág. 3 y sigs.

timo 98, sino que me parece un deber justificar esa nietez, poniendo en claro para siempre la herencia ante notario. Ya que tal herencia era simplemente un grito.”

En otro lugar —un artículo titulado *La generación del 98*— expresa Giménez Caballero, con inequívoca nitidez, esa cordial simpatía por sus abuelos de 1898. “Se ha ido haciendo un tópico —dice— el que los llamados *hombres del 98* fueron unos pesimistas. Y que su moral y sus predicaciones trajeron a España un ambiente de derrotismo. Y yo no sé cuántas cosas más, y feas, dicen algunos de esos hombres que han sido en realidad las almas más sanas, más limpias, más honradas y decentes que ha tenido España desde entonces acá” (24).

Tercera coordenada de la actitud espiritual de Giménez Caballero: la congaja que en él produce la historia de España posterior a 1931. El año 1898 no es el único “98” de España, si por “98” se entiende, como Giménez Caballero propone, cada una de las amputaciones sufridas por el Imperio y por la unidad de España desde que en Münster, el año 1648, comenzó el desmoronamiento de aquél. El “98” del año 1898 sería el duodécimo, penúltimo de los trece —el último, Annual— padecidos hasta el “pacto de San Sebastián”. Ese “98” de 1898 suscitó el nacimiento de una generación nacional y literaria. He aquí cómo la describe Giménez Caballero, con esos juegos de frase y ese astillado impresionismo del sentimiento y de la exclamación tan personalmente suyos: “En torno a una mesa de café, Madrid, provincianos. ¡Todo era mentira y farsa! ¡Subvirtamos los valores! La Voluntad, Camino de Perfección. La

(24) Cit. por Baroja en *El escritor según él y sus críticos*, pág. 211. En la evidente actitud amistosa de Giménez Caballero respecto a los hombres del 98 entra también, junto a la estimación de su capacidad de protesta ante el desastre —su “grito”—, y una cierta solidaridad de escritor, cierta afinidad espiritual con unos hombres mucho más intuitivos y sentimentales que meditabundos y racionales, más “geniales” que “intelectuales”, como el propio Ernesto diría.

comida de las fieras. Unamuno. Maeztu. Benavente. ¡Abajo el Quijote! Costa. ¡Siete llaves al Cid!, Baroja y "Azorín". ¡Vivan La Voluntad y Nietzsche! Campañitas de bizarros generales en Marruecos."

El tema de Giménez Caballero en *Genio de España* no es el de precisar los caracteres definidores de la generación del 98. Tómalala como punto de arranque de su propia actitud ante España y la mira, como dije, desde un punto de vista fundamentalmente político. Subraya el manojo de conclusiones negativas a que llega la crítica emprendida por los hombres del 98. He aquí un párrafo muy característico: "No hay un hombre, dice Costa. No hay voluntad, dice "Azorín". No hay valor, dice Burguete. No hay bondad, dice Benavente. No hay ideal, dice Baroja. No hay religión, dice Unamuno. No hay heroísmo, dice Maeztu." En otra página parece situarla en la línea Cánovas-Ganivet-Azaña, y atribuye a sus hombres cierta común voluntad de "apelar al remedio de lo indígena en la dirección de los negocios públicos".

Piensa Giménez Caballero, por fin, que los hombres del 98 se integraron demasiado fácil y cómodamente en la República de 1931, y les increpa con dureza por haber perdido la característica fundamental del grupo; "la *generatriz de esa generación* —dice— y de todas las generaciones espirituales que acompañan a los trece 98 de España: esa, la del grito, la de la *rebeldía*, la de la *disconformidad*" (25).

(25) *Op. cit.*, pág. 42. La increpación de Giménez Caballero era justa en 1932, fecha de la primera edición de *Genio de España*. Lo cierto es que luego menudearon las actitudes extravagantes y discrepantes de varios hombres del 98 (Unamuno, Baroja, Valle-Inclán) respecto al republicanismo oficial. La visita de José Antonio a Unamuno, en Salamanca; la asistencia de Unamuno a un acto falangista, la ulterior disensión de Unamuno —incisivamente comentada en el semanario *Arriba*—, la ejemplar actitud de Unamuno en julio de 1936, los incidentes de octubre del mismo año y el entierro de don Miguel, rodeado de falangistas, son episodios cuya significación rebasa con mucho la mera anécdota.

Tres hombres aproximadamente coetáneos y tres actitudes frente a la famosa y discutida generación. Aunque, si bien se mira, las tres coinciden en no pocas cosas, comenzando por una fundamental: afirmar sin ambages que, efectivamente, ha existido en la vida de España una “generación del 98”. Sirvan estas tres coincidentes y discrepantes actitudes como precedente de mis personales observaciones, reflexiones y juicios sobre el tema. Porque, cumplida mi promesa de ser un poco erudito, es ya hora de hablar otra vez por cuenta propia.

LA GENERACIÓN DEL 98 Y SU ESTRUCTURA.

En mi libro sobre Menéndez Pelayo he intentado ordenar con cierta claridad y precisión las reacciones de los españoles capaces de reacción ante el desastre de 1898. Debe verse en nuestro hundimiento del 98, más que un suceso inesperado y catastrófico, el término y el símbolo de una etapa de la vida de España. En 1875 nace en muchos corazones españoles la ilusión de haber conseguido, tras casi un siglo de constante descenso histórico y lucha interior, un remanso de paz fecunda y reparadora: reconstituyente, como dirán los viejos políticos, con el retintín del retruécano ingenioso y fácil, allá por el estío de 1931. Mas la alegría en la casa del pobre dura poco y pronto se consume esa lisonjera ilusión, por lo menos en el seno de las almas insobornables: testigos, Menéndez Pelayo, Ribera y Cajal. Pues bien; la catástrofe de 1898 es el terrible remate de esa progresiva desilusión y el símbolo definitivo con que se la expresará. En virtud de ese largo y triste proceso de desengaño puede existir una “generación del 98”, y sólo entendiendo así nuestra historia contemporánea cobra un sentido real la tan traída y llevada etiqueta.

La historia de España entre 1885 y 1900 permite distinguir tres grupos de reacciones españolas ante la catástrofe del 98.

Me sugirió esa labor de deslinde un precioso texto autobiográfico de Ramón y Cajal. Apoyado sobre él, y coincidiendo en muy buena parte con las distinciones de Fernández Almagro que antes expuse, pude aislar tres grupos de españoles cronológica y estilísticamente diferentes entre sí. Forman el primero los arbitristas de la regeneración: Costa, Macías Picavea, Isern, etc. Son hombres nacidos antes de 1850 y despiertos a la vida española en los últimos años del reinado isabelino. El segundo grupo está constituido por sabios y profesores: Menéndez Pelayo, Cajal, Ribera, Hinojosa, Olóriz, Ferrán. Estos nacen entre 1850 y 1860, y abren sus ojos a la Historia dentro de la apetecida paz y el resquicio de esperanza que trae a las almas españolas la Restauración de Sagunto. Integran, en fin, el tercer grupo los egregios literatos de la llamada “generación del 98”. Vienen estos últimos a la vida biológica después de 1860, y llegan a la vida histórica cuando, pasadas las primeras mieles del codiciado reposo, ya es perceptible para los espíritus delicados la radical inconsistencia —política, intelectual, social, económica— de la España “restaurada”.

Mi empeño de ahora es indagar cómo aparece y se configura y en qué consiste el parecido histórico que debe existir entre los hombres del 98, si efectivamente, forman una generación. Permítaseme recurrir para ello a las precisiones que acerca de este tema he procurado ordenar en mi libro *Las generaciones en la Historia*.

Partamos de un casi perogrullesco comienzo. Una generación es un grupo de hombres más o menos coetáneos entre sí y más o menos semejantes en los temas y en el estilo de su operación histórica. El contorno de este grupo es siempre indefinido y, por lo tanto, más o menos convencionalmente trazado por el historiador. Expondré en primer término la quintuple indefinición del grupo de hombres habitualmente llamado “generación del 98”; o, dicho lo mismo en otras palabras, las razones de los

que creen arbitraria y convencional la individualización histórica del grupo. A continuación, y mucho más ampliamente, intentaré mostrar cómo se define y constituye positivamente la famosa generación.

Por cinco costados distintos, he dicho en otro lugar, se define una generación histórica. Veamos cómo se manifiesta en la del 98 esta múltiple indefinición de todas las generaciones.

1. *Indefinición geográfica.*—Llamamos “generación del 98” en sentido estricto a un grupo de literatos españoles integrado por Unamuno, Ganivet, “Azorín”, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán, Maeztu, Benavente, Manuel Bueno. ¿Forman, sin embargo, un grupo geográficamente bien definido y exclusivo? En modo alguno. Si se afina la mirada, no será difícil encontrar una indudable semejanza con muchos literatos europeos del Fin de Siglo: Maeterlinck, Hauptmann, D’Annunzio, Barrés, Gorki, Galsworthy, Bernard Shaw, Nietzsche... Ceteramente recogía hace poco esta analogía Melchor Fernández Almagro: “Los escritores del Fin de Siglo comunicaron a la literatura universal una poderosa y desconcertante vibración: la que hicieron sentir en España *los del 98*, precisamente, de cronología un poco rebajada en años” (26). Más adelante mostraré en qué consiste la analogía entre nuestros hombres del 98 y los europeos finiseculares.

2. *Indefinición social.*—Muchas de las actitudes históricas de la “generación” del 98 eran tácita o expresamente compartidas por una buena parte de los españoles: la masa correspondiente a esa minoría generacional y otros que distaban mucho de ser masa. La tesis del abandono de Marruecos, tan popular entonces y de estilo tan típicamente noventayochista, fué sostenida por don Miguel Primo de Rivera. La apelación a una presun-

(26) Artículo “Los del Fin-de-Siglo”, en *El Español*, núm. 7, 30-I-1943.

ta “España real”, desconectada de la “oficial”, es también propugnada por Costa, Macías Picavea, Cajal y el General Polavieja. Casticismo e interiorismo los hay en Menéndez Pelayo y en Cajal; actitudes negativas respecto a la viabilidad histórica de aquella España en Cajal, Menéndez Pelayo y Silvela, etc. Todo ello, no contando la opinión tácita o inaudible de miles y miles de españoles.

3. *Indefinición cronológica.*—El propio “Azorín” se encarga de proclamarla cuando dice que la “generación del 98 ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós”. “Clarín” y la Pardo Bazán preludian en buena medida el llamado “espíritu del 98”. Manuel Reina es un premodernista, y en Manuel B. Cosío están la devoción por el Greco y el gusto por la tierra de Castilla. Antonio de Trueba, nacido en 1819 —“Antón el de los cantares”, tan entrañablemente amado por Unamuno—, supo ver con estilo casi noventayochista el paisaje castellano: “Yo he vagado, sumido en honda meditación —escribió Trueba— por las llanuras de Castilla al nacer y al morir el sol, y he sentido mi alma sumergida en un piélago de poesía” (27). Sobre la relación entre los “del 98” y los “regeneracionistas” me atengo al párrafo de Fernández Almagro que antes transcribí.

Otro tanto puede decirse mirando los hombres que surgen desde el 98 hacia acá. Sólo citaré un ejemplo, el de Ortega y Gasset; el cual, no obstante ser tan distinto en muchas cosas de los hombres del 98, expresaba en 1914 un sentimiento de España enteramente concorde con el de la generación que le antecede (28).

4. *Indefinición temática.*—No hay actitudes ni temas privativos de la generación del 98. No todos los críticos de aquella

(27) Cita el párrafo A. Valbuena en su *Historia de la Literatura Española*.

(28) Por ejemplo, en la conferencia *Vieja y nueva política*.

España oficial ni todos los escritores modernistas pertenecen al grupo estricto de los hombres del 98. Viceversa: no todos los hombres del grupo del 98 son críticos de la España oficial y modernistas. Valle-Inclán y Benavente apenas hacen crítica directa de aquella España (29); Unamuno y Baroja no son precisamente escritores modernistas; Valle-Inclán vive poco el paisaje de Castilla, y Ganivet se declaró incapaz para el paisaje, etc.

5. *Indefinición de la convivencia.*—La relación personal entre algunos de los miembros de la generación del 98 fué muy escasa y apenas amistosa; todos ellos tuvieron amistades más intensas y frecuentes con personas ajenas al grupo generacional. La reciente publicación de las memorias de Baroja no permite la más ligera duda a tal respecto.

Esta quíntuple indefinición del grupo del 98 nos hace ver una parcial razón en la actitud de los que, como Baroja y Maeztu, niegan la existencia de tal generación; y, por otra parte, impone a los que la afirman cierta convencionalidad en la delimitación de dicho grupo generacional. Con plena conciencia de esa inevitable convencionalidad historiográfica, yo veo compuesta la generación del 98 (no contando algunas figuras accesorias, como Bargiela, *Silverio Lanza*, etc.), por Unamuno, Ganivet, “Azorin”, Baroja, Antonio y Manuel Machado, Maeztu, Valle-Inclán, Benavente, Manuel Bueno, Zuloaga. Junto a ellos, parecido en algo, distinto en no poco, está Menéndez Pidal.

El grupo generacional que acabo de señalar ha sido más o menos convencionalmente aislado de otros grupos de españoles, contemporáneos o coetáneos suyos. He aquí los más considerables:

(29) Al menos, crítica visiblemente encarada con la vida política de España. La actitud crítica de Valle-Inclán está implícita en sus *Esperpentos* y en *El ruedo ibérico*; la crítica de Benavente es más social que política. Sólo tardíamente —en *La ciudad alegre y confiada*, por ejemplo— hará Benavente crítica política, en sentido estricto.

1. El equipo de los apóstoles y arbitristas de la *regeneración nacional*: Costa, Macías Picavea, Isern, Salamero, Madrazo, etc.

2. La promoción de profesores y sabios coetáneos de Menéndez Pelayo. Además del propio don Marcelino, fórmanla Ramón y Cajal, don Julián Ribera, Hinojosa, etc.; y a ellos pueden unirse algunos otros hombres coetáneos rigurosos de los del 98, que continúan las actitudes espirituales de sus maestros: Asín Palacios y Bonilla San Martín, por no citar sino dos ejemplos (30).

3. Los españoles que siguen, sin modificación esencial, actitudes históricas iniciadas anteriormente al despertar de la generación del 98: conservadores de una u otra tendencia, liberales, republicanos, tradicionalistas, grupo más central de la Institución Libre de Enseñanza, secuaces epigonales de modas y modos literarios, intelectuales y estéticos ya caducos (naturalistas rezagados, como Blasco Ibáñez; costumbristas como Gabriel y Galán; krausistas; pintores como Moreno Carbonero, etc.).

4. Jóvenes en los que apunta un nuevo estilo generacional: Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, d'Ors, Angel Herrera, Pérez de Ayala. No pocos de ellos ensayarán ante España una actitud distinta de la del 98, una actitud rigurosamente europea y educacional, por no citar sino dos de sus notas cardinales. A estos jóvenes se referían unas palabras de "Azorín", escritas en 1914: "Ahora, ¿qué es lo que hacéis, jóvenes del día? ¿Tenéis la rebelión de 1898, el desdén hacia lo caduco que tenían aquellos mozos, la indignación hacia lo oficial que aquellos muchachos sentían?"

"Otra generación ha llegado. Hay en estos jóvenes más método, más sistema, una mayor preocupación científica. Son los

(30) La obra de Bonilla y San Martín tiene como supuesto, entre otros, un cierto casticismo nacionalista, heredado tal vez de Menéndez Pelayo.

que este núcleo forman, críticos, historiadores, filólogos, eruditos, profesores. Saben más que nosotros. ¿Tienen nuestra espontaneidad? Dejémosles paso.”

La generación así delimitada no es un conjunto interiormente indiferenciado. Posee en sí misma una estructura, la que componen y definen los estamentos siguientes:

1. Una masa española relativamente considerable, de la cual es expresión más o menos fiel (expresión política, social, intelectual, literaria) la minoría compuesta por los nombres que antes indiqué. En torno a esta minoría y a la masa social subyacente, pónganse las figuras individuales más afines a la actitud histórica del grupo noventayochista.

2. Un grupo de literatos cuya obra está muy directamente afectada por la situación histórica de España de que el desastre es símbolo: Unamuno, Ganivet, “Azorín”, Maeztu, Antonio Machado. En menor medida, Baroja.

3. Otro grupo de escritores más próximos a la condición de “literatos puros” y más influidos por el modernismo: Valle-Inclán, Benavente, Manuel Machado. No lejano de ellos en la actitud, sí en valía, Francisco Villaespesa.

4. Los pintores que dan expresión plástica al sentir de la generación: Zuloaga, Regoyos, Rusiñol.

5. Un grupo, menos numeroso, de hombres de ciencia, que en parte continúan la obra de los maestros pertenecientes a la promoción anterior y en parte cultivan científicamente, con nuevo sentido y renovado método, los temas literarios de la generación. Ejemplo máximo, Menéndez Pidal, con sus adheridos y secuaces. En un plano mucho más bajo, Julio Cejador, nacido, como Unamuno, en 1864.

Aquí comienza el verdadero problema, el problema central de la generación del 98. Todos esos hombres son distintos entre sí. Difieren entre sí por el nacimiento, por el temperamento, por la vocación, por la educación familiar, por la formación uni-

versitaria. Los hay vascos, levantinos, gallegos, andaluces; unos son rubicundos, endrinos otros; éste filólogo, médico renegado aquél, abogado tráfuga el tercero; literatos todos, mas cada uno a su modo y por su senda; quién, manso y sencillo; quién, colérico y estrafalario. Todos distintos. Y, sin embargo, todos parecidos, todos emparentados por un sutil vínculo histórico.

¿En qué consiste ese parecido histórico, en cuya virtud puede decirse que todos ellos constituyen una generación? ¿Qué instancias históricas —universales, españolas— actúan sobre el alma de todos y cada uno de ellos por haber vivido donde y cuándo vivieron? ¿En qué se parece lo que cada uno aceptó de su mundo histórico, en qué lo que depuso de él, en qué lo que creadoramente hizo, se propuso hacer y soñó a lo largo de su vida? ¿Qué semejanza existió en las iniciales inquietudes históricas de todos ellos, y en sus respectivas autoproposiciones, y en las acciones que dieron cumplimiento a los individuales proyectos y ensueños?

En otro lugar he intentado mostrar que sólo cuando el historiador es capaz de responder verdadera y positivamente a todas estas preguntas, sólo entonces puede decir que está ante un grupo generacional propiamente dicho. Voy a tratar de contestarlas en lo que atañe a la generación del 98. Con otras palabras: voy a describir, en cuanto me sea posible, la “biografía” del parecido histórico existente entre los hombres que, desde hace algún tiempo, solemos llamar “del 98”.